

la manifestación quizás más palmaria de la permeabilidad apuntada entre el nacionalismo y la tradición liberal. El fin de ese experimento autoritario abre, para el autor, una fase nueva en el desarrollo del nacionalismo argentino, que habría de organizarse en adelante sobre otros parámetros y sobre una relación más conflictiva con la tradición liberal.

A lo largo del trabajo, Devoto procede a una relectura dinámica de las fuentes clásicas sobre el tema abordado, así como recurre a otras menos exploradas e incluso inéditas, que le permiten cuestionar algunas de las apreciaciones dominantes en la historiografía acerca del fenómeno nacionalista. Asimismo, en su indagación realiza un esfuerzo notable por justipreciar la intensidad de la influencia de las tradiciones ideológicas y políticas europeas sobre las corrientes nacionalistas locales. Con ello se aparta tanto de las tendencias historiográficas que consideran el problema desde una perspectiva "argentino-centrista", viéndolo como una experiencia peculiar que obedece exclusivamente a su propia dinámica interna, como de aquellas otras que transplantan automáticamente al caso local los modelos externos, desconociendo los contextos y las determinaciones propias de cada caso. En ese sentido, el autor redimensiona el eco de las experiencias europeas sobre los nacionalismos argentinos sin desconocer por ello las interacciones y los estímulos operantes.

En suma, esta obra minuciosa, en el cruce de la historia política y de la historia de las ideas, aporta una lectura crítica y original de un tema altamente transitado, desafiando exitosamente las interpretaciones canónicas y proporcionando un nuevo marco interpretativo a los estudios sobre la derecha argentina.

María Inés Tato

PEHESA – FFyL- UBA / CONICET

Alexander Betancourt Mendieta, *Historia, ciudad e ideas. La obra de José Luis Romero*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001. 198 páginas.

Este libro reconoce como origen una tesis de maestría presentada en la Universidad Autónoma de México, en el área de Estudios Latinoamericanos. Su propósito, tal como lo plantea Betancourt Mendieta, es “desbrozar el camino que José Luis Romero recorrió hasta construir una imagen de América Latina” (página 9), en la convicción de que “el principal valor que tiene el trabajo [...] [del historiador argentino] es indicar cómo Latinoamérica ha llegado a ser lo que es y, sobre todo, qué es” (página 8).

Con este objetivo, el autor ordena el libro en tres grandes capítulos, que corresponden a las “temáticas principales” que detecta en la obra de Romero. En el primero de ellos, titulado “La cimentación de una histórica”, se ensaya el examen de los “supuestos teóricos sobre los cuáles el autor construyó su concepción historiográfica” (página 11). Betancourt Mendieta ofrece allí un análisis desarrollado en dos estaciones fundamentales, que subyacen a los cuatro apartados en que se divide este tramo de la obra. En la primera de ellas, propone un panorama de la historiografía latinoamericana desde fines de siglo XIX hasta aproximadamente la década abierta en 1960. Para dar cuenta de un escenario tan amplio, el autor propone una entrada que combina el estudio de una serie de tradiciones —el revisionismo, el marxismo o la historiografía que pretendía seguir el ejemplo de *Annales*, por ejemplo-, algunos campos de estudio y especialidades —la “historia de la cultura hispánica” y la historia de las ideas-, y un agrupamiento denominado por el autor “historia patria”, que atiende a lo que en otros tiempos solía llamarse función social de la disciplina. Desde ya, se trata en este último caso de los esfuerzos que la estructura de la historia institucional en construcción realizó para contribuir a la organización de tradiciones nacionales en el subcontinente. En la otra estación de las que mencioné, Betancourt Mendieta indaga el “silencioso paso de la historia cultural a la llamada historia social” que habría tenido lugar en el pensamiento y la práctica historiográfica de Romero (página 13).

El segundo de los grandes capítulos de este libro se titula “Interpretación de la historia del mundo occidental”, y contiene el despliegue de varias hipótesis que el autor avanza en las primeras páginas: en el período de entreguerras, la pregunta por el origen de la crisis europea habría llevado a Romero a consolidar una visión que hacía de la historia de Europa una historia homologable a la del mundo; tal interpretación habría tenido en su

centro la idea de que cierta "mentalidad burguesa impregna prácticamente a la totalidad de las sociedades humanas del siglo XX" (página 89). Los sentidos que Romero otorgaba a estos términos, mentalidad y burguesía, continúa el argumento, eran notoriamente diversos de los que otros autores le atribuían en el universo historiográfico del momento. Así, Romero se distinguía tanto de los historiadores latinoamericanos, en razón de su preocupación por la historia medieval, como de las corrientes principales de los medievalistas, ubicándose en sus márgenes.

Sostiene Betancourt en lo que hace a la concepción de Romero de la propia crisis europea, que para el historiador argentino "más que definirse en un ámbito geográfico o político determinado", ella "era la crisis de una civilización entera, que desde ese momento abarcaba a todo el mundo europeizado, es decir, el mundo afectado por los valores europeos". El autor entiende que tal situación refuerza la dimensión ética en las reflexiones de Romero sobre la disciplina, dada su voluntad de explicación del presente. Esa voluntad se tornaría una pieza clave para la comprensión del pensamiento historiográfico de Romero (página 95)

En el cierre de este capítulo, el autor propone otra interpretación fuerte, que le permite el enlace con la tercera parte de la obra, cuando sostiene que "es desde la historia política" que Romero "da el salto hacia la historia de América Latina" (página 130).

Finalmente, Betancourt Mendieta organiza un tercer capítulo en el que rastrea la aparición del problema de la historia latinoamericana en la producción de Romero; ella es, sostiene el autor, tardía en comparación con otras pero por esa misma razón, aparece como el resultado de la reflexión de un historiador ya experimentado y maduro. Para Betancourt y en sus propios términos, adelantados en la Introducción, "la preocupación por América Latina [...] [debe concebirse] como una síntesis de la propuesta historiográfica de José Luis Romero" (página 11). Sus obras dedicadas a Latinoamérica, que constituyen lo que Betancourt llama "tercera etapa narrativa" de Romero, "están signadas por su comprensión de la historia argentina". La publicación de *Latinoamérica: situaciones e ideologías* en 1967, marcaría "el inicio de la preocupación sistemática por América Latina", tendencia que

en la que debe ubicarse la producción *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, publicado nueve años más tarde (página 161).

En las últimas páginas de este capítulo, el autor recupera argumentos ya anticipados, y les da forma particularmente contundente: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* es un libro que porta la voluntad de un "análisis que quiere ser total, que aspira a encontrar las claves del proceso histórico latinoamericano en la medida en que tiene a la ciudad como el baluarte interpretativo de esa conformación continental", entre otras razones porque, en la concepción de Romero, "la ciudad mantuvo unida a América Latina con la inmensidad del mundo y porque en ella se perpetúa la tradición de la cultura occidental". La obra, por algunas de estas vías, viene a inscribirse en la tradición de Sarmiento y Henríquez Ureña, y brinda un ejemplo exitoso de los caminos que deben seguirse para hacer una historia de Latinoamérica que evite transformarse en una mera suma de casos nacionales y, al mismo tiempo, eluda caer en "generalizaciones imposibles" (páginas 179 y 180).

La estructura de la obra, el modo elegido por Betancourt Mendieta para configurar su problema y ordenar la masa de información recogida, tiene la ventaja de instalar la producción historiográfica de Romero en un contexto muy vasto, evitando una reducción estrecha a las diversas coyunturas nacionales y analizando los diálogos sostenidos con tradiciones intelectuales europeas y latinoamericanas. Pero esta misma decisión ha generado algunos problemas que, a mi juicio, no aparecen satisfactoriamente resueltos en la obra. Es probable que, en buena parte, ellos devengan de la obligación de tratar con alguna brevedad horizontes que de otro modo terminarían siendo casi inabarcables; sin embargo, el reconocimiento de esa obligación no impide plantear algunos de esos inconvenientes.

El caso de la versión sumaria de la historia de la historiografía latinoamericana que abre el primer tramo de la obra parece un buen ejemplo. Se suceden allí, como he señalado, los análisis de la organización institucional de la "historia patria", dedicada a la indagación de la historia de los estados nacionales existentes; de la recepción del marxismo y luego de las propuestas de los *annalistas*, entre otros frentes de trabajo. Y si, en ocasiones, la síntesis es feliz, en otras tantas quedan flancos abiertos. Un efecto similar producen, por ejemplo, las

evocaciones breves a Huizinga, a cuyas propuestas en torno a la historia de la cultura parece haber estado atento Romero, quizás de manera fugaz pero evidente al menos en la coyuntura de la primera mitad de los años cincuenta, en el momento de *Imago Mundi*. Sin caer en la práctica, tan frecuente como poco productiva, de señalar ausencias, parece atinado suponer que exploraciones de esas pistas podrían haber dado resultados de interés. Como he señalado, es la propia estructura del trabajo la que brinda la oportunidad para observaciones de este tipo; quizás la pregunta central, en estos casos, sea si efectivamente el problema planteado necesitaba unos contextos tan extendidos para hallar respuesta.

Por otra parte, cabe subrayar que el autor ha trabajado sobre una masa documental y bibliográfica notablemente amplia; en ese trabajo se destaca el exhaustivo y minucioso recorrido por la producción del autor que ha estudiado, que incluye desde sus obras consideradas mayores hasta artículos breves y de coyuntura. A su vez, algunos aspectos del asunto analizado han sido resueltos con precisión; entre ellos, debe ser mencionado el apartado que se titula "El historiador y el presente: la primera etapa narrativa", que se despliega en las páginas 95 y siguientes. El balance de los estudios historiográficos referidos a Romero, que forma parte de la Introducción, también resulta equilibrado e interesante, aunque es posible discrepar con alguna de sus conclusiones.

Es éste, entonces, un libro sólido en conjunto, que será sin duda de utilidad para quienes emprendan, en el futuro, otras investigaciones sobre la obra y las concepciones historiográficas de José Luis Romero, tanto en su condición de historiador de Latinoamérica como en aquella otra, igualmente relevante, de historiador sin más.

Alejandro Cattaruzza
UBA - Universidad Nacional de Rosario